

## EL PIRINEO, EJE EN LOS ORÍGENES DE NUESTRA LENGUA

JUAN SAN MARTÍN ORTIZ DE ZÁRATE

Ararteko. Defensor del Pueblo del País Vasco. Parlamento Vasco

Becerro Bengoa, s/n - 01005 Vitoria-Gasteiz

La forma de vida más antigua, que aún perdura en el país, es el pastoreo heredado desde el Neolítico.

Los conocimientos arqueológicos y etnológicos, a partir de las obras de J. M. Barandiarán y L. Pericot García, nos pueden ilustrar y situar en el marco adecuado para la comprensión de dicha cultura pirenaica, desde el propio Eneolítico.

Es en el período Eneolítico, como bien manifestó J. M. Barandiarán en su obra *El hombre prehistórico en el País Vasco* donde: «Alrededor del pastoreo y en virtud de contactos con diversos pueblos a que daba ocasión la transhumancia, se formó en el Pirineo y en las regiones colindantes una cultura relativamente destacada que no conoció igual desde los tiempos del Magdaleniense».

El Pirineo, lejos de ser una frontera natural, cuya formación artificial nos reveló R. Plandé en su libro *La formation politique de la frontière des Pyrénées*, era el centro de fusión en el Neolítico de lo que los arqueólogos llaman cultura pirenaica. La vida estaba sujeta a dos estaciones principales en el año, con ciclos de verano e invierno, y trashumancia entre los pastos altos del verano y las riberas en invierno. Los límites de esa forma de vida, estaban condicionados por los grandes ríos Ebro y Garona, por la dificultad que representaban los mismos para vadearlos con los rebaños de ganado, y por el mar Cantábrico.

El estadio pastoril, entre otras características culturales, hizo posible el desarrollo del idioma flexible y articulado, y durante el mismo se fundó básicamente el euskara. Hay quienes remontan nuestra lengua a las épocas paleolíticas pero las limitadas formas de vida del recolector, cazador y pescador, no hacían necesario un idioma tal y como hoy lo entendemos, sino la utilización simple de monosílabos.

Efectivamente, con la domesticación y crianza de los animales y la obtención de productos derivados de los mismos, surgió un incipiente comercio, que unido a los traslados y las formas de vida anteriores, que indudablemente pervivían, contribuyeron al desarrollo de una lengua fundamental. Luego es aventurado pensar que el euskara sea una lengua de las épocas paleolíticas. Su desarrollo, en lo que entendemos como idioma flexible, data de unos cuatro o cinco mil años, asentado dentro de la cultura pirenaica.

Las rutas invariables de la transhumancia marcaron las isoglosas del euskara. Y, probablemente, del mismo modo ha perdurado en las lenguas romances allá donde se perdió el vascuence; con ejes perpendiculares sobre el Pirineo, siguiendo la mencionada línea trashumante, puesto que son coincidentes también las variedades del catalán en la zona del Rosellón y las diversas variedades de Languedoc penetran en Huesca, y que no se explica, de otro modo, a no ser por el condicionamiento de la trashumancia de la economía pastoril.

Sin embargo, ha de quedar muy claro que siempre hubo intercambios culturales. A este respecto, un ejemplo bien elocuente es la presencia en nuestros dólmenes de la cerámica campaniforme y la llamada de pezones, que se halla primero en el mediodía del Mediterráneo peninsular y pasa por el Pirineo y fue usada también en el Eneolítico de Bretaña. Conexión, sin duda, favorecida por la trashumancia pastoril.

En este período, como ya queda dicho, asentó su base la lengua euskara. En cierto modo es actualmente una lengua isla enclavada dentro del continente lingüístico del Grupo Latino. Descartadas o cuestionadas ya aquellas teorías del vasco-iberismo, primero por las hipótesis de Zyhlarz y después por los descubrimientos de Manuel Gómez Moreno, se ha postulado la idea de que el pariente más próximo del vascuence podría hallarse en una de las lenguas del Cáucaso, el carveliar. Trombetti, Uhlenbeck, Dumézil, Bouda y Lafon, entre otros, han aportado abundante material de tesis sobre la existencia de un parentesco genético entre ambas lenguas.

De ello se deduce que ambas son islotes de otro continente lingüístico, anterior a las lenguas indoeuropeas. L. Michelena, eminente lingüista y partícipe en estudios comparativos, ha cuestionado ambas teorías en base a la tipología lingüística, y en más de una ocasión nos ha ilustrado sobre el tema en trabajos dispersos en revistas especializadas, en *Sobre el pasado de la lengua vasca* (1964), y por último en la obra *La lengua vasca* (1977), pág. 57-64. Trabajos hoy recogidos en los volúmenes titulados: *Sobre historia de la lengua vasca* (1988).

Sea como fuere, el origen de nuestra lengua sigue siendo un misterio. Hoy por hoy, lo único que podemos afirmar con seguridad es que su desarrollo como lengua y vehículo de cultura se produjo en el Eneolítico, dentro de aquella cultura

que tuvo como eje al Pirineo y una economía basada en el pastoreo, y que además de ser una lengua especial, es el principal instrumento que tenemos para conocer nuestro pasado. Y no es poco.

Con la natural evolución, el estadio pastoril o ganadero tras-humante ha perdurado hasta el presente siglo. Si bien las creencias y los modos domésticos han cambiado, los rasgos heredados de aquella cultura nos son visibles, y han dejado una profunda huella de carácter étnico, diluida desde la demarcación de la antigua Aquitania y la franja meridional de la marca hispánica que discurre entre el Pirineo y el río Ebro. Huella que ha quedado patente en la toponimia de toda la zona de Gascuña, o lo que constituía la Novempopulania, la Vasconia y prácticamente ambas vertientes del Pirineo hasta bien entrado en Cataluña. Hasta el extremo de que muchas de las lápidas aquitanas se pueden leer en latín con la ayuda del vascuence, como se puede apreciar en el *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania* (1984) por Joaquín Gorrochategui.

En lo que respecta a la toponimia, la obra de Joan Corominas *Estudis de Toponímia Catalana* (1965-1970) presenta abundantes ejemplos interesantes. En Andorra muestra algunos términos de origen vasco, de los que ya en su día nos advirtieron Alberto y Jacqueline Puigoriol en la monografía *Els Andorrans* (1965). Aparte de algún término lexical *arna*=colmena (también conocida por *tou*), en toponimia

destacan el Dolmen de *Bescaràn*, el lago de *Engolasters*, el término *la Muga* -que en lenguaje actual viene a ser *fit*, del latín «ficta»-, *Arans*, *Arinsal*, *Beixalis*, *Bixessarri*, *Escàs*, *Juberri*, etc.

Hoy, cuando la Comunidad Europea trata de eliminar las barreras internas para tender puentes de entendimiento y estrechar la interrelación, la pluralidad lingüística sigue siendo una realidad asumible dentro de la fraternidad de los pueblos. Los casos vasco y catalán, sin olvidar algunos municipios de Huesca y extensas partes de Languedoc, pueden ayudarnos en la comprensión de que los pueblos fronterizos deben asumir sin trabas el bilingüismo en su doble sentido; la lengua vernácula y el francés o el castellano, en cada caso, servirán, si reforzamos los cauces institucionales comenzando desde la propia escuela, de puente para el entendimiento, para que la frontera deje de ser lo que el hombre moderno construyó artificialmente, devolviendo a la historia lo que le es propio por naturaleza y que sólo se ha mantenido allí donde la tradición oral ha logrado perdurar.

La tolerancia y economía, tan necesarias al progreso, aconsejan a estos pueblos el respeto y mantenimiento de sus características propias, para que mantengan y refuercen lo que les es natural, con sus respectivas lenguas estatal y local, y todo aquello que resulte de su propia idiosincrasia, de cara a su integración en la Europa comunitaria.